



VNiVERSIDAD D SALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL

**Facultad de Historia
Programa de Doctorado de Historia Medieval, Moderna,
Contemporánea y de América**

TESIS DOCTORAL

El Ejército del Centro en la provincia de Castellón.

HISTORIA MILITAR Y ARQUEOLOGÍA DE LOS CAMPOS DE BATALLA

EN LA PRIMERA GUERRA CARLISTA (1833-1840).

Clemente González García

Director: Dr. D. Mariano Esteban de Vega

Salamanca, 2019

Índice General

Índice General	3
Índice de Figuras	6
Índice de Gráficas	7
Índice de Tablas	8
Abreviaturas empleadas	9
Agradecimientos	11

PRIMERA PARTE: HISTORIA MILITAR

Capítulo 1.- Introducción. ¿Cómo surgió esta investigación?	15
1.1. - El problema de las fuentes documentales	20
1.2. - Objetivos y metodología	28
Capítulo 2.- El factor humano	33
2.1. - El inicio de la guerra y la fase previa 1833 - 1834	33
2.1.1.- Los Voluntarios de Isabel II	39
2.1.2.- Evolución y actividad de la fuerza entre 1834 y 1835	43
2.2. - El ejército del Centro: origen, organización y primeros jefes	58
2.2.1.- La consolidación llega con el general Oraá	72
2.2.2.- El año horrible: 1838	82
2.2.3.- Reorganización para reconquistar Morella	86
2.2.4.- Van Halen, no tuvo suerte	91
2.2.5.- Prescindir de Borso no fue un acierto	96
2.2.6.- Incremento de la artillería	99
2.2.7.- El vacío de poder	103
2.2.8.- O'Donnell recoge los frutos	111
2.2.9.- Quintos, prófugos y desertores	115
2.2.10.- El ejército hasta el fin de la guerra	126
2.3. - Los Cuerpos Francos	129
2.3.1.- Las Compañías de Cazadores de Castellón. Primera etapa, 1837	132
2.3.2.- Segunda etapa: de junio de 1837 a octubre de 1838	155
2.3.3.- Las partidas volantes del general Oraá	171
2.4. - Los heridos y la estructura sanitaria provincial	185
2.4.1.- La atención en el campo de batalla	188
2.4.2.- El traslado a retaguardia	197
2.4.3.- La hospitalización	198
2.4.3.1. - La red sanitaria en retaguardia. La fase inicial 1833 - 1835	199
2.4.3.2. - El hospital de san Agustín: entre la escasez y la miseria, 1836 - 1837	206
2.4.3.3. - El Ejército no paga y los civiles renuncian a sus responsabilidades, 1838	223
2.4.3.4. - El hospital de san Francisco: demasiado caro, demasiado tarde. 1839	232
2.4.3.5. - El Hospital Militar de Lucena	258
2.4.4.- Estadísticas de bajas: volumen, evolución y unidades afectadas	262
2.4.4.1. - Análisis de las defunciones	266
Capítulo 3. El factor material	275
3.1. - Los víveres: suministro incesante, cobro imposible	275
3.1.1.- La munición de boca. Tipos de raciones	277
3.1.1.1. - De pan	279
3.1.1.2. - De carne	281
3.1.1.3. - De bacalao	284
3.1.1.4. - De menestra	286
3.1.1.5. - De tocino salado	287
3.1.1.6. - De vino y aguardiente	288
3.1.1.7. - De pienso y paja	290
3.1.2.- Las raciones como parte del sueldo	293
3.1.3.- Evolución del suministro entre 1834 y 1836	294
3.1.4.- Depósitos de víveres: primer intento	302
3.1.5.- El ejército del Centro, caos inicial	305
3.1.6.- Primera mitad de 1837: entre la frustración y el agotamiento	307
3.1.7.- Nombramiento del general Oraá y lenta mejoría	314
3.1.8.- Depósitos de víveres: ¿proyecto imposible?	322
3.1.9.- Excesiva presión genera desobediencia	327
3.1.10. - Ante la desobediencia, mano dura de la Diputación	336
3.1.11.- Morella: una lección de logística	351
3.1.12.- La etapa Van Halen	359

3.1.13.- Sin ayuda de las tropas, imposible recaudar	369
3.1.14.- Las clases pasivas se mueren de hambre	380
3.1.15.- Una nueva estrategia	382
3.2. - Calzado y vestuario	387
3.2.1. - ¿Zapatos? No, alpargatas	389
3.2.2. - La desnudez del soldado	396
3.2.3. - Con Van Halen el ejército mejoró su aspecto	403
3.3. - Aspectos económicos	408
3.3.1. - Chantajes y “sablazos” de los jefes militares	408
3.3.2. - Insubordinaciones y motines	421
3.3.2.1. - Los Cazadores de Oporto, un caso muy singular	429
3.3.3. - Casos de corrupción	438
3.3.4. - El presupuesto del ejército del Centro	441
3.3.4.1. - Sin caballos, no hay caballería	449
3.3.5. - El servicio de Bagajes	455
3.3.5.1. - Consecuencias de la expedición a Morella	469
3.3.5.2. - El servicio durante 1839 y 1840	473
3.4. - Logística de guerra en el litoral valenciano. Introducción	478
3.4.1. - La muestra: datos y consideraciones	480
3.4.2. - Tipología de embarcaciones	484
3.4.3. - Procedencias y destinos. Volumen y tipo de las mercancías	485
3.4.4. - Análisis del tráfico mercante por provincias	487
3.4.5. - Síntesis de suministros	497
3.4.6.- La marina civil al servicio del Ejército	501
3.4.6.1. - Transporte de tropas	502
3.4.6.2. - Transporte de víveres	510
3.4.6.3. - Transporte de armas y pertrechos	513
3.4.7.- El papel de la Armada: Guarda Costas frente al contrabando	516
3.4.8.- La colaboración internacional	528
3.4.9.- Actividad bélica en el litoral castellanense	530

SEGUNDA PARTE: ÉPICO - GEOGRÁFICA

Capítulo 4.- Síntesis de la actividad bélica	537
4.1. - ¿Por qué una Síntesis de la Actividad Bélica?	537
4.2. - Metodología y finalidad	538
4.3. - Resultados	541
4.4. - Álbum cartográfico	544

TERCERA PARTE: ARQUEOLOGÍA

Capítulo 5.- Caso de estudio: la acción de las Useras, 17-VII-1839	559
5.1. - La prospección. Antecedentes	559
5.1.1. - El marco geográfico	561
5.1.2. - Organización del terreno a explorar y obstáculos	563
5.1.3. - Equipamiento y metodología	567
5.2. - Los materiales documentados y su estudio	567
5.2.1. - Objetos relacionados con la batalla: botones	569
5.2.2. - Metralla	572
5.2.3. - Objetos varios	574
5.3. - Projectiles esféricos de avancarga. Proceso de estudio	576
5.3.1. - ¿Balística forense en proyectiles de avancarga?	580
5.3.1.1. - Balística interna	581
5.3.1.2. - Balística terminal	584
5.3.2. - Clasificación de los proyectiles. Por su deformación y tipo de impacto	585
5.3.2.1. - Tipo 1. Proyectil esférico sin disparar	591
5.3.2.2. - Tipo 2. Proyectil esférico impactado	595
5.3.2.3. - Tipo 3. Proyectil semi-redondo	599
5.3.2.4. - Tipo 4. Proyectil deformado	599
5.3.2.5. - Tipo 5. Proyectil deformado “huevo frito”	599
5.3.2.6. - Tipo 6. Proyectil deformado “tortilla”	600
5.3.2.7. - Tipo 7. Proyectil fragmentado: <i>esquirilas</i>	601
5.3.2.8. - Tipo 8. Proyectil martilleado	602
5.3.2.9. - Tipo 9. Proyectil mordido o masticado	603
5.3.2.10. - Tipo 10. Proyectil derretido	603
5.3.3.- Clasificación de los proyectiles por su composición	604
5.3.3.1. - Tipo A, de bronce	605
5.3.3.2. - Tipo B, de plomo puro	608

5.3.3.3. - Tipo C, de plomo turbio	609
5.3.3.4. - Tipo D, de plomo granuloso	610
5.3.4.- Gráficas de dispersión X Y	611
5.3.5.- Identificación de calibres	618
5.3.6.- Distribución espacial de los tipos de proyectil	619
5.4. - Interpretación. Cartografía de época	623
5.4.1.- Documentación escrita	628
5.4.2.- Fuerzas implicadas	630
5.4.3.- Las operaciones según el diario del ejército del Centro	631
5.5. - Las bajas en combate; muertos y heridos	645
5.5.1.- ¿Una batalla sangrienta? Análisis de los ingresos hospitalarios	650
Capítulo 6.- Conclusiones	655
No fue un mito	668
Capítulo 7.- Anexos	675
Anexo A. - Prófundos y desertores documentados	676
Anexo B.- Embarcaciones que transportan víveres para el ejército	683
Anexo C.- Tráfico de mercancías entre diversas provincias y el puerto de Valencia	686
Anexo D.- Defunciones en el Hospital Militar de Castellón y en los libros parroquiales	698
Anexo E.- Actividad bélica documentada en los siete años de guerra	713
Anexo F.- Ingresos en el Hospital Militar procedentes de la Batalla de las Useras	728
Capítulo 8.- Fuentes y Bibliografía	735
8.1. - Fuentes manuscritas	735
8.2. - Fuentes hemerográficas	736
8.3. - Fuentes impresas	736
8.4. - Bibliografía citada	739
8.5. - Recursos cartográficos	745

INTRODUCCIÓN. ¿CÓMO SURGIÓ ESTA INVESTIGACIÓN?

La aplicación de nuevas tecnologías en la investigación histórico-arqueológica así como el desarrollo metodológico, iniciado en el ámbito anglosajón a partir de los años 80, para el estudio de los campos de batalla, están favoreciendo un elevado número de investigaciones en torno a los acontecimientos bélicos que jalonan la historia reciente de nuestro país. Resulta indudable que, hasta el momento, el interés investigador dentro de la arqueología histórica, muestra un claro predominio por el conflicto más cercano, la Guerra Civil de 1936. Los motivos son muy variados: tanto políticos como científicos. Entre estos últimos destacan la abundancia de fuentes documentales y de restos materiales, así como la facilidad que presentan para su estudio y comprensión.

Sin embargo, el estudio de los procesos bélicos anteriores a la segunda mitad del siglo XIX, con metodología arqueológica, apenas ha comenzado. Nuestro país está todavía muy lejos de proyectos como los desarrollados con la batalla de Lützen, en Alemania, del siglo XVII, o la de Edgehill centrada también en enfrentamientos del mismo periodo o con las batallas de la Guerra de Independencia norteamericana. En España ni siquiera existe un inventario nacional de campos de batalla, ni una entidad específica que los gestione y proteja. Ni muchos menos -con la crisis que está cayendo-, una dotación presupuestaria por parte del Estado, tal y como ocurre, por ejemplo, en los EE.UU. donde desde mediados de los años 90 se destinan anualmente millones de dólares para la adquisición de aquellos terrenos en los que se produjeron batallas. No en vano el suyo se considera *“uno de los modelos más sólidos de defensa patrimonial.”* (Ramírez 2014: 46-48).

El autor de esta Tesis se dedica, desde hace más de una década, a investigar las operaciones militares ocurridas en la provincia de Castellón, especialmente durante la pasada guerra de 1936-1939. En ese contexto, durante el verano de 2012 se realizaron trabajos de prospección arqueológica sobre la parte suroccidental de la Sierra de la Cruz, situada en el término municipal de Lucena del Cid, de dicha provincia de Castellón. En concreto en torno al monte Gozalvo, el tosal Redó, el tosal del Rouret y el tosal del Castellet. La gran cantidad de materiales y estructuras documentadas permitieron identificar la zona como un campo de batalla en el que se habían producido acciones de gran intensidad y violencia. Los materiales documentados y la investigación histórica para contextualizarlos, permitieron identificar dos importantes episodios

bélicos que habían ocurrido en el área de actuación. Y cada uno de ellos de diferente cronología.

El más reciente había tenido lugar durante las primeras semanas del mes de junio de 1938, cuando las fuerzas franquistas de la Primera División de Navarra intentaron, tras rebasar la población de Adzaneta de Maestrazgo, avanzar hacia Alcora y Lucena del Cid. Pero sobre la sierra de la Cruz se encontraron desplegadas a las tropas republicanas de la División Extremadura, compuesta por las Brigadas Mixtas 49 y 69, junto con el 14 Batallón de Ametralladoras y el 15 Grupo de Guardias de Asalto. Por esta razón, entre el 8 y el 12 de junio se enfrentaron ambos ejércitos y libraron en dicha zona intensos combates con abundante empleo de artillería, máquinas automáticas, fusiles y granadas de mano.

Por lo que se refiere al segundo episodio histórico violento del cual se documentaron algunos restos en los alrededores del vértice Gozalvo –en concreto 42 objetos-, se trataba de la denominada *Acción de las Useras*. Dicha acción o batalla ocurrió el 17-VII-1839 en el contexto de la Primera Guerra Carlista. Fue el resultado del enfrentamiento entre las fuerzas rebeldes que asediaban desde hacía ya tres semanas Lucena del Cid y una poderosa columna gubernamental mandada por el general Leopoldo O'Donnell. Esta columna salió de Castellón de la Plana el día 14 de julio escoltando un gran convoy de suministros para los habitantes de Lucena.

Con objeto de contextualizar los hallazgos de la campaña de 2012 se accedió a la documentación histórica publicada al respecto. En concreto se logró localizar los partes oficiales del combate emitidos por cada uno de los bandos. Los datos contenidos en dichos artículos permitieron deducir cómo y dónde pudo haberse desarrollado esa batalla. Y también que los escasos hallazgos realizados en el entorno del monte Gozalvo, correspondían a la fase final del combate, pues la parte más intensa del mismo debía haberse librado en las crestas de la sierra situadas un km más al norte de dicha cota. En base a este supuesto se diseñó una nueva prospección. El objetivo principal era documentar más elementos que permitieran conocer mejor, dónde y cómo se desarrolló este episodio bélico del siglo XIX. Sin descartar todos aquellos que ayudaran a complementar los datos relacionados con la Guerra Civil de 1936.

Esta segunda prospección fue realizada durante el mes de junio de 2015 en tan solo 13 días. A pesar de la complicada orografía, abundante vegetación en algunas

zonas y calor intenso, los resultados fueron altamente positivos. Se documentaron más de 1.400 objetos metálicos de los cuales casi medio millar correspondían a proyectiles de plomo empleados en la batalla entre Cabrera y O'Donnell. Además de botones, fragmentos de artillería, monedas, etc.

Pronto se hizo evidente que aquellos hallazgos constituían un material de gran valor histórico. No sólo por su antigüedad y vinculación con el episodio bélico, sino también por las características morfológicas que presentaban y, sobre todo, por su abundancia. Y es que, aunque en España la arqueología de los campos de batalla está comenzando a desarrollarse con numerosas intervenciones en contextos de Guerra Civil, los estudios relativos a campos de batalla con armamento de avancarga se pueden contar con los dedos de una mano. Es cierto que en las excavaciones arqueológicas los hallazgos de proyectiles esféricos de plomo son muy frecuentes. Se localizan desde fortalezas hasta pecios subacuáticos. Pero recuperar un cargamento de municiones o documentar un nivel de derrumbes no es lo mismo que estudiar un campo de batalla.

Lo cierto es que, con anterioridad a los hallazgos de la sierra de la Cruz, solo se habían publicado en nuestro país dos trabajos en este sentido. El primero fue una tímida prospección en Somosierra, Madrid, para intentar localizar la zona en la que tuvo lugar la famosa carga de la caballería polaca napoleónica, que logró romper las defensas españolas. Tras realizar dos campañas arqueológicas, sólo se recuperaron 160 objetos de los cuales únicamente 29 eran proyectiles esféricos de plomo. Sin embargo, con tan escasos hallazgos, fue suficiente para que la Comunidad de Madrid declarara el espacio como Bien de Interés Cultural.

El segundo proyecto fue realizado en el campo de batalla de Talamanca, Barcelona, con objeto de documentar el enfrentamiento que tuvo lugar en el contexto de la Guerra de Sucesión. En esta ocasión los autores recuperaron 210 objetos de los cuales, 73 eran proyectiles de plomo.

Con casi 500 proyectiles recuperados en la sierra de la Cruz, la información que podía extraerse de ellos era tan interesante y novedosa, que permitía incluso diferenciar la munición empleada por cada uno de los bandos, deducir distancias de disparo, movimientos de tropas, etc. Por ello se consideró adecuado convertir su estudio en un proyecto de investigación doctoral.

Sin embargo, junto con este importante hallazgo de materiales tuvo lugar otro más importante todavía: nuestra gran ignorancia en todo lo relativo al armamento de avancarga y a la Primera Guerra Carlista. Porque no bastaba con estudiar los objetos; era necesario saber por qué ocurrió aquella batalla. Y por qué allí, en lo alto de una sierra casi inaccesible y no en otro sitio más llano y cómodo para desplegar grandes unidades en formaciones cerradas. No bastaba con conocer qué unidades intervinieron, sino también en qué condiciones; qué armamento empleaban y cuál era su módulo de municionamiento para, a partir de él, establecer el conjunto máximo de proyectiles que podían haberse disparado; cuántas bajas hubo realmente y de qué manera fueron tratadas tras la batalla, tanto los supervivientes como los fallecidos; quiénes fueron los jefes protagonistas y cuál su trayectoria. Qué contenía el convoy que se escoltaba y si era la primera vez que se utilizaba este método para llevar suministros.

Por otra parte, considerando que el episodio bélico ocurrió en la fase más avanzada de la guerra –la guerra comenzó a finales de 1833 y se prolongó hasta mediados de 1840-, pretender cuantificar la verdadera dimensión de esta batalla obligaba a conocer tanto las ocurridas con anterioridad como las posteriores de la misma guerra. Es decir, obligaba a una revisión global del conflicto en la provincia de Castellón.

Otra cuestión que se hizo patente fue que, tal vez lo ocurrido en la sierra de la Cruz, podría ser extensivo a muchos otros lugares de la provincia. Entre otras razones porque los lugares estratégicos lo han sido siempre. Y por eso, en un mismo escenario de la Guerra Civil de 1936, podían haberse producido con anterioridad combates de la Primera Guerra Carlista. Por tanto todos aquellos arqueólogos que pretendieran investigar estos escenarios podrían encontrarse en una situación similar a la nuestra. Es decir, en penumbras. De ahí la importancia de disponer de un mapa global y preciso de la actividad bélica en la provincia. Y dado que dicho mapa no existía, surgió la necesidad de elaborarlo.

Todo ello, obligó al autor de esta Tesis a salir de su “zona de confort”, dejar a un lado temporalmente las investigaciones sobre la Guerra Civil de 1936 para adentrarse en el estudio de otra guerra civil, muy diferente en cuanto a los medios materiales, pero con numerosas e inesperadas analogías socio-políticas.

1.1.- El problema de las fuentes documentales.

Inicialmente todas las cuestiones que se acaban de enumerar, y muchas otras, se intentaron resolver a través de la bibliografía disponible. Era de esperar que al haber transcurrido casi 180 años desde que finalizó tan larga guerra civil, la bibliografía relativa a la misma fuera inmensa. Y efectivamente, las publicaciones tanto de ámbito general como locales, que aluden a la provincia de Castellón en esta época abundan, pero ninguna ofrecía todas las respuestas que se buscaban. Sobre todo porque con frecuencia, el historiador, para exponer el proceso histórico que relata, tiende necesariamente a sintetizar. Y en ese proceso de síntesis lo primero que se sacrifican son los detalles. En cambio, para el arqueólogo, si hay algo verdaderamente valioso, son esos detalles. La precisión en las fechas y sobre todo en los lugares, la toponimia, las referencias a la climatología, a las distancias, al peso y cantidad, etc., son las que facilitan la investigación en arqueología histórica. Pero además de esto, la consulta de dichas fuentes bibliográficas permitió reconocer que la mayoría de estos trabajos podían agruparse bajo dos características muy definidas:

1ª) Son episódicos y locales. Mayoritariamente de carácter épico y narrativo, se limitan a dar a conocer sucesos puntuales enmarcados dentro de la historia local, en ocasiones como meras efemérides cronológicas. No entran en análisis generales ni específicos, y con frecuencia están desconectados de la actividad que sucede en otras localidades próximas y sobre todo a nivel provincial. Tienden a *refreír* la bibliografía de época, generalmente a Córdoba y Pírala, con alguna leve incursión en prensa histórica. En ellos predominan los tópicos, asumidos como válidos por la mera repetición, sin aportar pruebas que los corroboren. En palabras de otro historiador militar, constituyen el “...triste testimonio de la disposición de muchos historiadores para copiarse unos a otros las palabras sin tomarse la más mínima molestia en averiguar la evidencia que les sirve de fundamento.” (Van Creveld 1985: 183).

En general, este tipo de obras presentan un nivel de investigación de carácter muy superficial. En muchos casos no se molestan en ocultar su admiración y simpatías por el bando rebelde o se afanan por demostrar que el liberalismo de la capital y de las principales ciudades, así como de sus dirigentes, no fue más que un mito.

2ª) Se centran en el ámbito socio-político del conflicto o se limitan al bando carlista. Los grandes y serios trabajos de investigación dedicados a esta guerra son también muy

abundantes y muy interesantes. Pero en ellos, por lo general, predomina un interés por el enfoque socio-político en el contexto de la revolución liberal y la transición del feudalismo al capitalismo. Cuando esto no es así, y aceptan ampliar su campo de visión al universo militar, se decantan por reducir su interés hacia el bando rebelde, es decir, el carlista y su papel contra-revolucionario.

De tal manera que, en una de las provincias más castigadas por las acciones militares durante la Primera Guerra Carlista, no existía un trabajo de conjunto que permitiera entender el caótico panorama de enfrentamientos reiterativos entre los dos bandos. Ni se disponía de una cronología minuciosa y extensa de los siete años de actividad bélica, ni se conocía con exactitud —con vistas a una posible protección patrimonial— los escenarios en los que la guerra se desarrolló y en los que miles de españoles se enfrentaron entre sí.

Del principal protagonista, el ejército del Centro, se ignora si no todo, demasiado. De hecho en la bibliografía suele aludirse a él como si fuera un ente monolítico y estático, lo cual se aleja de la realidad. No se ha investigado su evolución a lo largo de la guerra, la composición de sus unidades, sus enormes necesidades materiales y económicas, sus principales misiones, sus bajas, centros sanitarios o sus relaciones con el nuevo poder civil —la Diputación Provincial—, con las partidas francas, con la Milicia, las sublevaciones y motines, etc. La ignorancia es de tal calibre que incluso entre las publicaciones del Ministerio de Defensa, la dedicada al *Ejército de los Borbones*, (Gómez, 1989) una obra de recopilación en gran formato y varios volúmenes, al ejército del Centro, poco menos que tan solo se le cita.

Entre las razones que han favorecido esta ausencia de trabajos sólidos, debe considerarse la desaparición de las principales series documentales. El incendio del AGM de Segovia, ocurrido en marzo de 1862, afectó especialmente a las cubiertas del edificio y debió ser una de las principales causas. Los pocos documentos que se conservan del ejército del Centro, son, en muchos casos, fragmentos salvados de las llamas, de los que apenas se conserva una pequeña fracción central de la hoja original.

La riada de 1957 fue otro desastre natural que afectó a los fondos de la Capitanía General de Valencia, anegando los sótanos donde se acumulaba la documentación histórica. Aunque no deja de ser significativo que los Procedimientos Sumarísimos elaborados a partir de 1939 por el Régimen del general Franco y también afectados por

la misma inundación, sí que se hayan conservado, a pesar de no ser posible -todavía- su consulta.

Por tanto, parece como si la naturaleza se hubiera aliado para reducir los grandes fondos específicos, que podrían haber alentado los trabajos de investigación dedicados a este tema. Mientras que, por ejemplo, el ejército del Norte conserva intactas sus series documentales en el AGM de Segovia, las del ejército del Centro brillan por su ausencia.

Y esto es una verdadera lástima, porque las unidades militares son estructuras que generan una inmensa cantidad de documentos vinculados a todas sus actividades. Entre estos documentos los historiadores muestran predilección por los Diarios de Operaciones, dado que en ellos se registra de manera cronológica y a veces muy detallada, las vicisitudes diarias de la unidad. Estos diarios pueden ser de diferentes niveles: desde compañía y batallón, hasta brigadas, divisiones y ejércitos. Lógicamente el nivel de detalle histórico disminuye cuanto mayor es la unidad que realiza el diario. En este sentido, y por lo que se refiere al ejército del Centro, la documentación localizada además de escasa se presenta fragmentada. Quizá los fondos más amplios sean los que se conservan en el AHN de Madrid, pero aun así resultan también muy escasos. Teniendo en cuenta que el ejército del Centro se mantuvo operativo desde mediados de 1836 hasta septiembre de 1840, es decir, un total de 51 meses, los diarios de operaciones conservados se reducen tan solo a seis: mayo y agosto de 1837; octubre y noviembre de 1838; febrero y julio de 1839. (AHN DD CC 412, N 28). Junto a éstos se ha localizado también el Diario de la División Provincial de Reserva correspondiente al mes de agosto de 1839 (AHN DD CC 200, N 1) y el de la Compañía de Zapadores que intervino en el segundo y definitivo asedio de Morella en 1840. (AGM M, GG CC). A ello hay que añadir lo publicado por Calbo (1845) en el Apéndice de su obra dedicada a Cabrera, el supuesto diario de la Segunda División entre octubre de 1839 y marzo de 1840.

No obstante, a pesar de la evidente escasez de Diarios de Operaciones, los correspondientes al año 1837 han permitido una interesante constatación. La única obra publicada que se dedica de forma exclusiva al ejército del Centro, bajo el título de *Campañas del General Oraá*, es en realidad una perfecta reproducción, en gran parte de sus párrafos literal, del Diario de Operaciones del ejército del Centro. Por consiguiente, aunque no se dispone de todo el diario original, la citada obra del Marqués de San

Román permite conocer la actividad del ejército del Centro durante el mandato más largo, que fue el del general Oraá. Eso sí, bajo la influencia de su propio prisma, de sus filias y sus fobias.

Además de los diarios citados, el AHN conserva partes de combates, oficios y correspondencia, condecoraciones, etc., especialmente de la zona de Aragón. Otro organismo que también conserva documentación relacionada con el ejército del Centro es la RAH. En su mayoría se trata de breves oficios informativos dirigidos desde la Secretaría de la Guerra a la reina regente.

Junto con los Diarios de Operaciones, otro de los elementos fundamentales para poder historiar una unidad militar lo constituyen sus órdenes, que pueden ser generales, particulares y de operaciones. Por desgracia, en los archivos consultados no ha sido posible localizar ninguna de las que pudieran haber tenido relación con las operaciones en la provincia de Castellón o con la organización de la Gran Unidad.

Lo que sí se conservan en abundancia, concretamente en el AGM de Segovia, son los Expedientes Personales, también llamados Hojas de Servicio, en los que se recoge la trayectoria de los individuos al servicio del Ejército, y en los que suele haber interesantes detalles históricos. Lógicamente, para poder acceder a ellas, lo primero que se necesita es conocer el nombre y apellidos del militar que interesa documentar. Pero ¿acaso existe algún repertorio de mandos integrantes del ejército del Centro? La respuesta es no. Más allá de los generales jefe que detentaron el mando supremo y algunos mariscales de campo y brigadieres subordinados, casi nada se sabe de los jefes de las brigadas, batallones, escuadrones, baterías y compañías. Por tanto, para avanzar por esta línea, se requería antes generar un listado de mandos, lo cual equivalía prácticamente a recomponer la estructura orgánica de la Gran Unidad.

Otro de los centros documentales explorados ha sido el AEE, en donde se conservan los libros sacramentales de cada unidad militar. La consulta de estos fondos podía permitir documentar la cantidad de muertos sufridos por cada batallón y el destino que habían tenido los mismos. También aquí el resultado obtenido ha sido menor del deseado, dado que no se conservan los libros de todas las unidades implicadas y los que existen reflejan, en algunos casos, la misma coyuntura de miseria, escasez y hasta desidia, que sufrieron los capellanes encargados de su redacción.

La dilatada extensión de la Primera Guerra Carlista, y las duras circunstancias socio-económicas por las que atravesó España en aquel momento, obligaron a las unidades militares a mantener una estrecha relación con los poderes civiles. Tanto con los ayuntamientos como, sobre todo, con las recién implantadas diputaciones provinciales. Esta relación dejó su impronta en el intercambio de oficios, bandos y circulares entre ambas partes. Por tanto, resultaba imprescindible explorar los fondos documentales de estos organismos para localizar la documentación asociada al tema. Por desgracia, muchos archivos municipales de la provincia de Castellón fueron destruidos durante los primeros momentos de la pasada Guerra Civil, a causa de la actuación de las columnas anarquistas. Algunos desaparecieron casi por completo, y otros conservan sus fondos muy fragmentados. Por fortuna, en tres de los municipios que resultaron claves en la lucha contra los rebeldes carlistas, fue posible localizar abundante documentación histórica. El primero el de la recién creada capital de provincia, Castellón de la Plana; el segundo el de Lucena del Cid, población de montaña y paradigma de la resistencia heroica contra los ataques carlistas. Y finalmente Vinaroz, la ciudad liberal por excelencia, cuyo puerto y cuya marina jugarían un papel transcendental –y hasta ahora inédito- muy ligado al ejército del Centro durante los siete años de guerra.

Por desgracia los fondos de la Diputación Provincial también desaparecieron en su mayoría y, de este periodo histórico, apenas se han conservado las Actas de Sesiones y las Actas de la Comisión de Armamento y Defensa. De igual forma el Boletín Oficial de la Provincia (BOP) presenta una extensa laguna que abarca todo el año 1837, pues durante el mismo, y por razones económicas, se suspendió la publicación de dicho órgano oficial.

También se han consultado los fondos de Protocolos Notariales conservados en el AHP de Castellón del periodo que nos ocupa y en los que se ha localizado interesante documentación sobre quintas, sustituciones, contratos de suministro, testamentos, etc.

Asimismo se han consultado fondos eclesiásticos, como el Archivo Parroquial de la capital castellanense y el de la parroquia de Lucena del Cid, realizando un vaciado de todas las defunciones ocurridas en el periodo investigado. Cosa que no fue posible hacer, por desgracia, en Adzaneta del Maestrazgo, dado que el libro de difuntos de

comienzos del siglo XIX, pese a figurar en los inventarios de la Generalitat Valenciana, parece haberse *evaporado*.

Otro conjunto de fuentes de gran interés han resultado ser las memorias de combatientes o testigos de la época. Desde los protagonistas más destacados –Cabrera, O'Donnell, Azpiroz, Espartero, etc.- hasta los más humildes. Algunas inéditas –como las de Cayetano López- otras parcialmente publicadas en revistas locales, y otras, aunque publicadas en el siglo XIX han sido casi ignoradas por los historiadores al proceder de ámbitos muy técnicos. Precisamente, éstas últimas, en concreto las del doctor José María Santucho, resultan no solo de una gran calidad literaria sino que además, presentan una descripción minuciosa y precisa, propia del espíritu científico de un cirujano de la época.

Sin embargo hay que reconocer que, la fuente informativa más extensa, detallada y completa ha resultado ser la prensa local de la época. En ella ha sido posible documentar todo aquello que no se encontró en los archivos. Resulta sorprendente que en un contexto de guerra civil, la prensa publicara semejante cantidad de información militar. Una información que abarcaba todos los campos: estratégico, táctico, logístico, comunicaciones, armamento y material, organización, fuerzas, mandos, fortificación y dotaciones, movimiento de convoyes, condecoraciones, vestuario, ascensos, disciplina, juicios y condenas, etc., etc. No es de extrañar que los rebeldes estuvieran tan bien informados. Sólo tenían que leer la prensa local. Al parecer este inusitado nivel de transparencia estaba absolutamente aceptado, hasta el punto que tan sólo se ha localizado una voz alzada en contra de semejante insensatez. Con fecha 20-I-1839, un lector remitía desde Murviedro, -casualmente donde se encontraba el cuartel general del ejército del Centro-, una carta al Diario Mercantil de Valencia llamando la atención sobre tan delicado asunto. Titulada “*Abusos de la prensa periódica*” y firmada bajo el pseudónimo de “*un soldado*”, hay razones para creer que su verdadero autor pudo ser el recién nombrado Jefe del EMG del ejército del Centro, el brigadier Juan de Bécar.

“Parece imposible que hombres que con tan buena fe dedican sus tareas a la propagación de doctrinas sanas, no conozcan el grave perjuicio que hacen a la causa que defienden publicando al mismo tiempo en los periódicos las noticias que de la fuerza y movimientos de las divisiones se pueden adquirir, pues no necesitan los enemigos valerse de otros medios para saberlas que el proporcionarse dichos escritos. Procurándose corresponsales en todas partes que sepan los planes del Gobierno y de los generales para darlos al público con

cuanta anticipación les es posible, logran que el enemigo se prepare a contrariarlos: dicen con la exactitud que pueden los víveres y municiones que tiene cada punto fortificado; los puntos débiles por donde puede ser atacado o sorprendido; si el espíritu de la guarnición y población es bueno o malo y en una palabra cuanto es utilísimo saber al enemigo y puede servirle para calcular nuestras operaciones y consiguiente sacar el mejor partido de ellas; no omiten el anunciar la salida de convoyes; el punto adonde van, lo que llevan y fuerza que los escolta ¿y no conocen cuan estimables son estas noticias para la facción y el gran provecho que sacan de ellas? No sucede así a nosotros pues a pesar de emplear muy buenos espías y pagarlos profusamente pocas veces podemos averiguar sus intenciones.” (DMV, 14-II-1839).

Y eso que el mismísimo general Marcelino Oraá, ya se quejó ante el Congreso de los Diputados, el 30-IX-1838, de que su plan de operaciones contra Morella había sido dado a conocer antes de ponerlo en ejecución: *“Indiscreta e imprudentemente se había anunciado con anticipación el proyecto, indicando los puntos de concentración de víveres y efectos y la dirección que podía llevar la artillería.”* (DMV 13-XII-1838).

Por tanto, la prensa periódica, en concreto el Diario Mercantil de Valencia y el Diario de Valencia y, en menor medida, el Nacional, el Eco del Comercio, El Piloto, la Gaceta de Madrid o El Diario de Barcelona han sido profusamente extractados hasta generar un fondo de informaciones enorme. Gracias a ello se ha podido documentar la mayoría de los partes de operaciones, el tráfico de convoyes, las fuerzas desplegadas en cada guarnición, sus jefes y sus relevos; y lo que resulta fundamental: en torno a un centenar de órdenes generales del ejército del Centro. Estas órdenes generales abarcan multitud de aspectos de gran relevancia, como reorganización de unidades, nombramientos de jefes, ascensos, condecoraciones y recompensas, traslados, disciplina, insubordinaciones, juicios y sentencias, armamento, víveres, sanidad, transportes, alojamientos, felicitaciones, estadillos, presupuesto económico, pagas de haberes, represalias, uniformidad, etc. Gracias a lo cual ha resultado un poco más fácil aproximarse a los verdaderos problemas que experimentó esta Gran Unidad durante su periodo de actividad. Más allá de la imagen de estoicismo amable y resignado que, tras la guerra, algunos de sus jefes decidieron propagar.

1.2.- Objetivos y metodología.

Con los antecedentes relatados en el capítulo introductorio, conviene ahora explicar los objetivos propuestos en este proyecto. Como más adelante se explicará, el ejército del Centro tuvo encomendada la defensa de un territorio muy extenso. Sin embargo, la perspectiva dominante en este trabajo será mucho más reducida. El objetivo principal de la investigación será realizar un estudio científico del proceso bélico ocurrido en España entre 1833 y 1840, pero limitado concretamente al bando liberal y al marco geográfico de la provincia de Castellón. Dentro de dicho marco geográfico, y con un enfoque integral, la investigación se ha organizado en tres partes diferenciadas pero interrelacionadas: histórica, épico-geográfica y arqueológica.

La primera parte se centrará en la investigación histórica a partir de las fuentes documentales ya enunciadas. En ella se pretende desarrollar, desde la óptica de la historia local pero de manera extensa, aquellas cuestiones que hasta la fecha no se han abordado, o no con la suficiente profundidad y detalle. Se ha organizado en bloques temáticos, cuya importancia en el devenir de la guerra se considera fue capital y cuyo conocimiento permitirá desarrollar los objetivos específicos. Estos objetivos específicos van a girar en torno al factor humano y los elementos materiales.

- Factor humano: exponer los antecedentes, creación, organización y evolución del ejército del Centro y sus unidades auxiliares, como Cuerpos Francos y partidas volantes. Estudiar la estructura sanitaria del ejército del Centro en la provincia y su calidad, así como el proceso de atención a los enfermos y heridos en campaña. Evaluar la intensidad de las operaciones bélicas a partir del análisis de los ingresos hospitalarios, sintetizando el proceso bélico más próximo a la capital de la provincia en una simple gráfica sanitaria.
- Factor material: averiguar la importancia de la logística en el transcurso de las operaciones militares. Valorar el esfuerzo de la sociedad civil en este campo y su actitud ante los continuos sacrificios y exigencias para aprovisionar víveres, calzado, vestuario, dinero, bagajes, caballos, etc. Rastrear el suministro y conocer sus peculiaridades, respecto a su volumen y procedencia, tanto por vía terrestre como marítima.

Todo ello, con objeto de entender la evolución del conflicto y la interrelación del ejército con la sociedad civil de la provincia. Pero también con la intención de conocer el impacto de la guerra en los diferentes niveles de la propia sociedad.

Por lo que se refiere a la segunda parte del proyecto, denominada épico-geográfica, tiene como objetivo identificar el máximo número posible de enfrentamientos bélicos que ocurren durante los siete años de guerra, registrarlos de manera cronológica y ubicarlos espacialmente elaborando para ello un álbum cartográfico -global, pero preciso-, del conflicto en la provincia de Castellón. Aquí es necesario aclarar que el actual límite político de la provincia no se ha observado de manera rígida. Por el contrario, se ha considerado una banda de tolerancia de varias decenas de km sobre dicho límite. Primero porque las fuerzas militares desplegadas en la provincia tenían un escenario de actuación más amplio que el de la recién creada unidad administrativa. Y segundo porque obviar los hechos ocurridos en esa banda cercana, tan vinculada por razones geográficas, crearía un sesgo distorsionador de la realidad histórica.

Finalmente la tercera parte de este proyecto, lo constituye, a modo de caso de estudio, la actividad arqueológica realizada en la sierra de la Cruz. El objetivo específico de esta parte consiste en estudiar, con metodología arqueológica, un escenario de batalla de este periodo. Analizar la distribución espacial de los hallazgos, deducir posiciones y movimientos de las tropas. Identificar tipologías de proyectiles y efectos balísticos, así como su tecnología de fabricación y su atribución a cada uno de los bandos. Ampliar el conocimiento de la cultura material militar de la época y defender la validez del método para el estudio arqueológico de otras batallas de conflictos anteriores, como por ejemplo, de la Guerra de Independencia, o de la Guerra de Sucesión. En definitiva, demostrar la capacidad de la arqueología histórica de los campos de batalla para aportar informaciones relevantes en la investigación científica que no pueden obtenerse a través de las fuentes documentales.

Con frecuencia la investigación histórica militar de la Primera Guerra Carlista, se ha caracterizado por priorizar el aspecto épico del proceso, mediante un relato de enfrentamientos que se enlazaban entre sí a base de intercalar temas secundarios. Algo similar a lo que Keegan (1990) denominó la batalla por fragmentos, pero aplicado aquí a toda la guerra. Por ello, resulta fácil descubrir lo mucho que se ha profundizado en las

cuestiones estratégicas o de planificación, así como en los métodos empleados para ejecutar dichos planes. Es decir, la táctica. Sin embargo hay una clara tendencia a despreciar todo aquello que se relacione con el estudio de los medios precisos para ejecutar los planes preconcebidos. Lo que en la actualidad se conoce como **logística**. Resulta cuando menos curioso que los grandes generales destaquen en sus memorias la importancia de esta actividad y que sin embargo los historiadores la ignoren con tanta insistencia. Quizá se deba a que supuestamente, los historiadores somos gente de letras, y de entrada eso ya nos contrapone a una actividad que se fundamenta mayoritariamente en cifras y cálculos. Prueba de ello es que las publicaciones específicas sobre esta materia son verdaderamente escasas. Por esta razón, obras como *Los abastecimientos en la Guerra* o *Logística arte sin gloria*, son indispensables para entender los factores que determinan el resultado no solo de un combate, o una batalla, sino de toda una guerra.

Bajo la influencia de esta perspectiva y conociendo los trabajos ya existentes sobre la Primera Guerra Carlista, se consideró adecuado enfocar el presente proyecto con una metodología mixta que, sin despreciar lo narrativo, abundara en la parte analítica y cuantitativa; que priorizara la influencia de las magnitudes tanto en las decisiones de los actores como en los resultados de sus acciones. Básicamente lo que se denomina triangulación metodológica. (Olaz, 2017: 34). Máxime en un contexto generalizado de miseria y penuria, donde el hambre, la pobreza y hasta la desnudez de las tropas fueron mucho más que situaciones puntuales. Las abundantes sublevaciones en las guarniciones y sus lamentables consecuencias, el chantaje de los jefes militares a los responsables políticos y hasta las vergonzosas retiradas, como la del general Oraá ante Morella, tuvieron sus cortas raíces en una pésima logística.

Por lo que se refiere a la segunda parte del proyecto, para elaborar la expresada tabla, el proceso metodológico ha consistido en el vaciado de todo tipo de fuentes documentales y el posterior registro de los episodios bélicos obtenidos en una tabla general. En ella se recogen los aspectos básicos de cada episodio, tales como la fecha y el lugar, la fuente que lo transmite y una breve descripción del tipo de acción bélica. Este es un trabajo seguramente incompleto, pues siempre pueden aparecer nuevas acciones, de pequeña entidad, de las que no se haya tenido constancia documental. Se considera, por tanto, inacabado y abierto; en disposición de ser implementado si se obtienen nuevos datos. Pese a todo, el trabajo ha dado excelentes frutos, pues hasta el

momento se han documentado algo más de 400 episodios violentos. De ellos, por lo menos 300 ocurrieron dentro de los límites de la actual provincia de Castellón.

6.- CONCLUSIONES.

Debido a la enorme extensión del territorio asignado y lo reducido de su contingente humano, el ejército del Centro sufrió una excesiva fragmentación de sus fuerzas. A ello se unió la resignación silenciosa de tener que aglutinar jefes y oficiales ancianos, cobardes o incompetentes. La poca calidad combativa no se limitaba a los mandos medios pues la principal instrucción que recibían las tropas era la marcha incesante por terrenos agrestes. De esta manera se potenció su más destacada característica: la movilidad. Pero a combatir aprendían combatiendo. Por ello es inevitable reconocer que los mercenarios extranjeros, integrados en el regimiento de Cazadores de Oporto, destacaron, entre 1836 y 1838, por su indudable eficacia para aniquilar rebeldes. Llegaron a la guerra civil de España con las lecciones aprendidas de la portuguesa y, además de la técnica y de la táctica, poseían, frente a los quintos forzosos, la imparable motivación de los idealistas revolucionarios.

La jefatura del ejército del Centro sufrió una intensa temporalidad: siete jefes en cuatro años. Ello provocó inestabilidad y retrasó la necesaria cohesión y consolidación de la fuerza. En los momentos iniciales, los jefes de las diferentes columnas mostraron intensa rivalidad. Competían por los suministros y los escasos fondos económicos, careciendo de un plan conjunto de operaciones, lo que provocó actuaciones descoordinadas, onerosas y, a la postre, sin resultados prácticos para neutralizar a los rebeldes.

Se ha constatado a partir de 1836 un progresivo incremento de la violencia y de la intensidad en las operaciones militares. Sin embargo no fue hasta mediado 1837 que el ejército del Centro comenzó a mejorar de forma sustancial. El mandato del general Marcelino Oraá fue un punto de inflexión muy positivo y el ejército que dejó tras su cese nada tenía que ver con el que encontró a su llegada. No solo por sus dimensiones, sino también por la organización, disciplina y operatividad. Promovió entre los escalones de mando a los más activos y eficaces; depuró la plaga de mandos mediocres e ineptos que abarrotaban las fuerzas.

El breve periodo en que ostentó el mando el general Antonio Van Halen destacó por algunas novedades estratégicas de gran importancia: la declaración del Estado de Guerra después de cinco años de conflicto y el establecimiento de una línea de puntos fortificados. Ello facilitó un progresivo cambio estratégico, pasando de la persecución constante del enemigo a un sistema de líneas de bloqueo para frenar sus incursiones. Tras el cese de Van Halen se abrió un breve periodo de vacío de poder, durante el cual y al amparo del citado Estado de Guerra, el ejército comenzó a maltratar a los pueblos y a los civiles de forma parecida a como lo hacía el enemigo.

La rivalidad entre los mandos no solo procedía de motivos estrictamente militares sino también políticos y las disensiones entre moderados y progresistas tuvieron gran influencia en la selección de mandos y en la conducción de algunas operaciones. En este sentido, la voluntad triunfante acabaría siendo la del progresista Espartero.

Leopoldo O'Donnell fue el chico afortunado que no solo contaba con el respaldo de su jefe –Espartero- sino al que, además, le habían allanado la mayoría de las dificultades que tuvieron que sortear sus predecesores (indisciplina, descoordinación, falta de mandos eficaces, escasez de efectivos, penuria en el equipamiento y vestuario, problemas de abastecimiento y transporte, etc.). Cuando O'Donnell asumió la jefatura del ejército del Centro, tres años después de su creación, tenía bajo sus órdenes casi 38.000 hombres y más de 2.200 caballos. Además, y gracias al Estado de Guerra declarado por Van Halen, tenía a su disposición todos los recursos económicos de las provincias bajo su mando. Dado que poseía amplia experiencia en el manejo de grandes unidades, que era un joven osado e inteligente, respaldado por el máximo líder militar del momento, parece evidente que O'Donnell lo tenía casi todo a su favor para vencer. Aun así, se benefició de nuevos incrementos de fuerzas llegando a sumar 40.000 infantes al finalizar la guerra.

También ha quedado claro que en el ejército del Centro el predominio de la Infantería fue indiscutible. La Caballería, posiblemente el arma más mortífera de la guerra, siempre fue escasa, con una relación de un caballo por cada 17 infantes. Y los animales, debido a la dificultad de reposición, cada vez fueron de peor calidad. En los primeros años de la guerra el Ejército se autoabasteció mediante su propio servicio de Remonta, pero al dilatarse el conflicto esta modalidad dejó de ser viable. El Gobierno comenzó a obtener los caballos mediante requisas generales en todo el reino. La

provincia de Castellón, intensamente esquilada por la larga duración de la guerra y por ser escenario de los combates y saqueos, nunca aportó cifras significativas de équidos.

La artillería, más que escasa, fue anecdótica. Baste recordar que la División Borso, integrada por 4.000 hombres, solo contaba con dos cañones de *a cuatro* y un morterete. El incremento de las bocas de fuego se produjo a partir de septiembre de 1839 con la incorporación de 50 piezas nuevas, gran parte de ellas de grueso calibre y, por tanto, destinadas al asedio de las fortificaciones carlistas.

La carencia total de medios de transporte obligó a una continua dependencia del material civil, castigando a las poblaciones con el odioso servicio de Bagajes. A la hora de solicitar dicho servicio el Ejército siempre tenía amables promesas, pero una vez efectuado las promesas se las llevaba el viento. El mero hecho de tener que acompañar a un ejército de operaciones convertía el servicio de Bagajes en un acto peligroso. Pero llegó a ser letal cuando los rebeldes, para obstaculizar los suministros al ejército, decretaron pena de muerte para los bagajeros. Las inmensas pérdidas entre los propietarios de los animales y la prolongación del conflicto dieron lugar a una intensa evolución de este servicio que llegó a modificarse radicalmente. A partir de 1835 se establecieron parques y depósitos, donde rotaban los animales. Las consecuencias de la expedición del general San Miguel sobre Cantavieja en el invierno de 1836 también provocaron una nueva modificación del sistema y la Diputación de Castellón reguló la prestación del servicio. Desde ese momento dejó de afectar solo a los propietarios de animales y comenzó a regirse por las bases de riqueza. A comienzos de 1837 la Diputación intentó establecer una brigada de acémilas. El proyecto quedó detenido hasta que el general Oraá presentó el suyo propio, por el cual las diputaciones de las ocho provincias del distrito de su mando deberían aportar las 1.000 acémilas que necesitaba el ejército del Centro. A la de Castellón le correspondió hacerse cargo de 92 animales y de los gastos asociados a los mismos. Todo ello se intentó poner en ejecución a partir de mayo de 1838, por lo que puede decirse que las brigadas de acémilas no solo fueron incompletas sino además tardías.

La presión sobre los habitantes del teatro de operaciones, tanto rústicos como urbanos, respecto al reclutamiento, suministro de víveres, obtención de fondos económicos, atención a los enfermos, prestación de servicios para transportes, etc. fue continua y creciente. Aunque a partir de 1836 todos estos servicios fueron articulados por la Diputación Provincial, eso no evitó que dicha presión originase una intensa conflictividad entre jefes militares y civiles. A pesar, incluso, de la habitual simbiosis en

la que vivían: unos defendiendo las ciudades, los otros alimentando y cuidando a las tropas.

Ante la constante falta de efectivos, las peticiones reiteradas de los altos mandos chocaron con la indiferencia del Gobierno. Y cuando se decretaron quintas, se hizo patente el desinterés generalizado de la población masculina a servir bajo la disciplina militar. Es cierto que el impacto global de todas las quintas apenas afectó a unos 5.000 castellanenses, pero también que entre la juventud de la provincia la desertión fue frecuente y constante. Mientras que las clases adineradas podían eludir el servicio a cambio de dinero o contratando sustitutos, para los pobres no había más opción que la desertión o el sufrimiento diario. Muchos optaron por ingresar voluntariamente en las partidas francas antes que someterse a la pesada obligación de las Reales Ordenanzas. La propia Diputación reconoció *de facto* esta circunstancia, pues ante el evidente riesgo de que se produjera un alzamiento generalizado en la provincia se negó a ejecutar la Quinta de 1837 ordenada desde Madrid y Valencia.

Se ha demostrado que las fuerzas auxiliares tuvieron un papel muy destacado en apoyo del ejército del Centro. Demostraron su eficacia frente a los carlistas en múltiples ocasiones, pero también sufrieron la penuria económica generalizada, pues la financiación de estas tropas recayó, una vez más, sobre las poblaciones ya esquiladas por ambos ejércitos.

En el otoño de 1836 la Diputación provincial creó las compañías de Cazadores de Castellón. Sus escasos 400 efectivos pronto evolucionaron hacia una actividad más policial que militar. Se encargaron de recaudar, escoltar y trasladar los tributos provinciales hasta la capital. Su escasa disciplina, los continuos abusos sobre la población civil, así como la carencia de fondos para su mantenimiento, marcó su declive a medida que comenzaron a perder efectivos. A los ocho meses de su creación, y tan solo para reducir el gasto que suponían, la Diputación redujo sus efectivos a la mitad. A partir de 1838 los jefes del ejército del Centro comenzaron a utilizar estas fuerzas en apoyo de sus operaciones, pero el rechazo de sus integrantes a la disciplina militar aceleró la descomposición de las compañías. En mayo de dicho año, su radio de acción se había reducido a tan solo 25 km en torno a la capital y en octubre, al cumplirse los dos años de su creación, fue preciso disolver la sección de caballería y una de las dos compañías que quedaban.

El ejército del Centro también estableció diversas partidas volantes que operaban alrededor de sus bases, establecidas en Jérica, Viver, Caudiel, Soneja, Murviedro, Nules, Castellón, Villafamés, Benicarló y Amposta. Su actividad fue muy intensa y mantuvieron a raya a las partidas enemigas, especialmente en aquellas zonas donde el terreno escabroso impedía obtener ventaja del empleo de grandes contingentes.

Por lo que se refiere a la estructura sanitaria provincial y al tratamiento dispensado a los militares convalecientes, se han aportado múltiples e irrefutables evidencias de abandono, miseria vergonzosa y falta intencionada de recursos por parte de la Administración Militar. Hasta mayo de 1835 el ejército no comenzó a controlar las estancias hospitalarias de los militares para su posterior abono a los ayuntamientos. Y respecto al ejército del Centro, tuvo que esperar a junio de 1837 para que el general Marcelino Oraá aprobase un reglamento sanitario.

Las carencias fueron abrumadoras y para subsanarlas se explotó hasta límites inimaginables la filantropía y los sentimientos humanitarios de los ayuntamientos. Los pueblos dieron sus trapos viejos para convertirlos en vendas; sus ropas para vestir a los convalecientes y prisioneros; se desprendieron de sus humildes camas para dotar a los hospitales militares, lúgubres establecimientos cuya financiación corrió, durante toda la guerra, siempre a sus expensas. También a su costa se construyeron las camillas de campaña y suyos fueron los carros y caballerías con los que acudieron a recoger a los heridos a los campos de batalla para trasladarlos hasta los hospitales.

La red sanitaria de retaguardia, siempre sumida en la más horrible precariedad y falta de recursos económicos, estuvo articulada sobre los principales núcleos urbanos: Morella, San Mateo, Vinaroz, Castellón de la Plana, Lucena, Segorbe y Onda. La Administración Militar estableció como prioritario el gasto destinado a comprar víveres, caballos, cañones o proyectiles, pero respecto a la atención sanitaria, su política hasta 1839 fue dejar que los organismos civiles soportaran –el mayor tiempo posible– el gasto derivado de la atención de los heridos. Entre 1836 y 1838 la cantidad adeudada por la Administración Militar a los hospitales civiles se hizo tan grande que los proveedores, arruinados, dejaron de servir alimentos y medicinas. En los ayuntamientos, los regidores desengañados de tantas promesas incumplidas acabaron por desentenderse de administrar los hospitales. Y fue un hecho generalizado pues no sólo afectó a Castellón, sino también a Segorbe y a Vinaroz. El general Oraá alivió un poco esta carga, facilitando que la deuda acumulada pudiera servir para el pago de las Contribuciones.

A la falta de medios y recursos, se unió la masificación. Si en 1836 los ingresos en el hospital de Castellón rondaban los 150 enfermos, en 1839 la cifra llegaba ya a 700. Hartos de trabajar sin recibir sus salarios, los enfermeros y asistentes abandonaron sus puestos y se marcharon. De manera que los soldados menos graves tuvieron que encargarse de atender a sus camaradas imposibilitados.

En la capital, la administración civil impulsó en reiteradas ocasiones el traslado del hospital militar a un edificio más amplio y bien situado, como era el convento de san Francisco. Pero dicho proyecto fue frenado de manera sistemática por el jefe del ejército del Centro. El traslado solo se autorizó cuando dicho edificio quedó a resguardo de la nueva fortificación levantada por los vecinos de la ciudad, y sin que el Ejército contribuyera económicamente en nada. Cuando por fin se lograron fondos para su reforma y adaptación, la guerra estaba en su recta final y las operaciones militares se habían desplazado a otras zonas de la provincia. Con ello también descendió radicalmente el número de ingresos, de manera que la tardanza en ejecutar una obra tan cara la convirtió prácticamente en inútil a poco de inaugurarla.

Frente al interés lucrativo de los contratistas privados y el caos reinante en el Gobierno de la nación, la Diputación Provincial de Castellón tuvo un papel determinante para la supervivencia del ejército del Centro. Su lealtad y compromiso con la causa liberal quedan fuera de toda duda. Como también es indudable que, durante los primeros cinco años de la guerra, la injusticia y la discriminación se consolidaron por la arbitrariedad del Gobierno, que entregaba diferente cantidad de alimentos a sus soldados según el ejército al que estaban destinados.

La excesiva prolongación del conflicto afectó de forma negativa a la disponibilidad de alimentos. A la escasez se unió el paulatino aumento de bocas que alimentar que, a su vez, incrementó el volumen de alimentos necesarios. Pan, arroz y bacalao en salazón fueron el sustento principal que permitió sobrevivir a las tropas. La misma dificultad para obtener víveres para las tropas se extendió a la caballería del ejército del Centro que, a mediados de 1839, necesitaba cada mes más de 400 toneladas de cebada y 575 de paja para poder mantenerse operativa. El fruto del algarrobo, tan frecuente en las tierras de La Plana, sustituyó a la cebada, lo que hizo posible que la caballería no pereciera de hambre ante la ausencia de granos.

A pesar del extenuante sacrificio que realizaron los ayuntamientos, la Ordenación Militar de Valencia siempre fue mezquina en su compensación, alegando

defectos formales en los recibos para denegar o retrasar los pagos casi eternamente. Ello propició la acertada iniciativa de la Diputación de Castellón de instalar dos depósitos de víveres para que al ejército no le faltara comida y que los pueblos no se dedicaran exclusivamente a ser sus proveedores de alimentos. La idea, tan oportuna como necesaria, surgió en febrero de 1837 pero tropezó con numerosos impedimentos que frenaron su ejecución. A finales de abril un nuevo proyecto ampliaba a seis el número de depósitos y proponía una novedad tan atrevida como necesaria: que el suministro no dependiera exclusivamente de los pueblos de Castellón y que a dichos depósitos también contribuyeran las provincias de Valencia, Alicante y Teruel. También en este aspecto resultó beneficioso el nombramiento del general Oraá. Alivió el sacrificio de los pueblos al prohibir el suministro de carne para las tropas acantonadas y, a mediados de junio, aceptó la propuesta de que fuera todo el reino de Valencia quien contribuyera con víveres y bagajes para el ejército del Centro. Ello quedó materializado en la RO circular de 7-VII-1837, que resultó de vital trascendencia para la supervivencia del ejército. Gracias a ella el general jefe pudo repartir 30.000 raciones diarias de pan, carne o etapa y vino; 2.000 de pienso y 1.000 acémilas entre las provincias de Albacete, Alicante, Castellón, Huesca, Murcia, Teruel, Valencia y Zaragoza. Esta medida supuso la reducción del suministro diario asignado a la provincia de Castellón, el cual quedó establecido en 2.755 raciones diarias y 184 de pienso. Un gran alivio si se considera que sólo durante el mes de febrero, la ciudad de Castellón tuvo que suministrar, en solitario, 50.000 raciones de carne. Además se establecieron, sobre las principales vías de comunicación de la provincia, cinco depósitos de víveres situados en Morella, Vinaroz, Castellón, Villafamés y Segorbe.

El Gobierno, intentó solucionar el problema del suministro de víveres a través de contrata particulares. Pero al mismo tiempo que crecía el volumen de alimentos necesarios, comenzó a reducirse el plazo de vigencia de las mismas. A partir de septiembre de 1837 la duración de la contrata se redujo de 12 a cinco meses. En febrero del siguiente año a cuatro y en abril a tres.

Cuatro años después de iniciarse la guerra civil, muchas poblaciones de la provincia, en teoría leales al Gobierno pero sumidas ya en la miseria, comenzaron a desobedecer las órdenes de la Diputación. La situación se generalizó a partir de octubre y los cupos de alimentos asignados para formar los depósitos no fueron aportados.

Las contrataciones privadas y la circular de 7 de julio se alternaron de forma intermitente, siendo esta última el salvavidas al que nunca renunció el ejército del Centro y que obligó a los ayuntamientos a la aportación continua de suministros. En febrero de 1838 el acopio mensual del ejército del Centro se había establecido en 367 toneladas de harina, 121 toneladas de bacalao y 338 toneladas de cebada. Pero ocho meses después el suministro requerido era más del doble.

Se ha constatado una continua ausencia de planificación anticipada, pues con frecuencia, los pedidos de la Administración Militar eran inmediatos, urgentes y de grandes dimensiones. Pese a ello, la eficaz respuesta de la corporación provincial acabó convirtiéndose en un poderoso vínculo bidireccional, por el cual el ejército del Centro aceptaría sin rechistar muchas de las propuestas de acción militar decididas por los diputados. Tal vez, la más significativa y sangrienta, fue la destrucción del castillo de Tales en agosto de 1839. Pero no la única.

Ante la desobediencia generalizada de las poblaciones castellanenses en el otoño de 1838 y la consiguiente dificultad de obtener alimentos o dinero para su adquisición, la Diputación asumió que sus órdenes no eran más que papel mojado si no iban acompañadas de una sección de infantería que garantizase, mediante la amenaza o la violencia, su cumplimiento. Comenzó así una etapa de mano dura y las tropas de las guarniciones salieron a recoger raciones por los pueblos morosos.

A comienzos de 1839 el Gobierno no había logrado formalizar ninguna contrata de víveres y hasta el mes de marzo el ejército del Centro se alimentó gracias al suministro que aportaban las diputaciones provinciales según la circular de 7 de julio. En febrero se creó un órgano específico: la Comisión Central de Subsistencias, con sede en Valencia. En la primavera de 1839, la provincia de Castellón debía aportar más de 4.500 raciones diarias, a pesar de que una gran parte de sus municipios estaban ya bajo el dominio del ejército rebelde.

En septiembre el general O'Donnell logró firmar una contrata de suministros, en la cual no se contemplaba el suministro al depósito de Segorbe, cuyo consumo representaba un tercio de todas las raciones asignadas por el Gobierno a la provincia entera.

Los problemas logísticos no se limitaron al suministro de víveres. En un ejército caracterizado por su gran movilidad, el consumo de calzado fue enorme. En los primeros años de la guerra la prenda más usada fue el zapato, que se producía únicamente en tres tallas. A partir de 1837 se impuso el uso de la alpargata, más cómoda

y más barata, pero también más efímera. A mediados de dicho año, la falta de dinero y la necesidad de reponer el calzado a las tropas obligó al ejército del Centro a recurrir también a las diputaciones provinciales para solventar esta necesidad. Un año más tarde se establecían grandes depósitos de alpargatas controlados por la Diputación de Castellón, cuya reposición al final acabaría recayendo sobre poblaciones pro carlistas como Torreblanca o Villarreal.

Respecto al vestuario para las tropas, la intensa penuria económica impedía reponer las prendas deterioradas al ritmo necesario. Durante la mayor parte de la guerra en muchas unidades solo tuvieron una camisa o ninguna. Con frecuencia, esta prenda se renovó gracias a la caridad de los civiles, que donaban sus ropas usadas. Chaquetas y pantalones no variaban en función de si la estación era cálida o fría, sino que los soldados usaban lo que tenían, sin importar si era de paño o de lienzo. No es extraño que el sofoco causado por las prendas de invierno en las intensas marchas de verano llenase de enfermos los hospitales. Así, el supuesto ahorro en vestuario se consumía en estancias hospitalarias. Los testimonios conservados revelan que el ejército del Centro tenía un aspecto muy desaseado y, por la enorme variedad de prendas utilizadas, carente de uniformidad.

La escasez económica también afectó de manera muy intensa al cobro de los sueldos que debían percibir las tropas y sus jefes. La acumulación de tantas penurias acrecentó la conflictividad, especialmente a partir de la primavera de 1836 y durante todo 1837, afectando a muchas unidades del ejército y a las poblaciones donde estaban de guarnición. En tales circunstancias, los jefes militares chantajearon a los dirigentes políticos con objeto de obtener fondos para pagar a sus hombres. Sin embargo, tales peticiones no bastaron para evitar situaciones muy peligrosas de insubordinación e incluso hasta de motín.

La investigación ha aportado numerosos ejemplos de que tan delicadas situaciones no se limitaron a las tropas extranjeras y mercenarias. Los soldados españoles se amotinaban igual de bien que los belgas o los portugueses, pues las causas que les empujaban a ello eran las mismas para todos: falta de sueldos, falta de alimentos, falta de calzado y vestuario, malos tratos por parte de sus jefes, etc. Si a finales de febrero de 1837 se insubordinaban los Cazadores de Oporto en la capital, en marzo amenazaba con hacer lo mismo la guarnición de Vinaroz. En abril era la de Villafamés la que amenazaba con insurrección, y en idéntico estado estaban las

guarniciones de Peñíscola y Benicarló. Esta última se sublevó el día 21 y ello provocó tres muertos y una decena de heridos. Entre los primeros, precisamente el jefe de la guarnición. En noviembre hubo situaciones muy peligrosas en las guarniciones de Segorbe y Vinaroz. Los protagonistas de estos sucesos fueron soldados de los batallones provinciales de Lorca, León y Ciudad Real. Este último, guarneciendo el castillo de Murviedro, protagonizó otro episodio de insubordinación en febrero de 1839. En la inmensa mayoría de los casos, la causa que motivó estos sucesos fue la falta reiterada de recursos económicos y la carencia de suministros que, con frecuencia, convertía a las tropas en masas de indigentes armados.

El análisis del presupuesto del ejército del Centro ha demostrado las prioridades de la Administración Militar en el reparto de los, siempre escasos, fondos económicos. También que, a partir de diciembre de 1837, el papel en forma de libranzas, letras del Tesoro y Cartas de Pago, fue desplazando al metálico hasta el punto de sobresaturar la caja de la Ordenación Militar. Al margen de los sueldos del personal, la partida dedicada a subsistencias absorbió entre 1836 y 1839 el 66% del presupuesto y alcanzó una cifra global por encima de los 50 millones de rs. Hasta febrero de 1839 la situación económica del ejército del Centro no mejoró considerablemente. En concepto de suministro de víveres, se ha constatado que la provincia de Valencia fue la que mayor aportación hizo al ejército del Centro. Sin embargo la de Castellón, que tenía más del 60% de su territorio ocupado por los rebeldes, realizó un extraordinario sacrificio, muy superior al de otras provincias que estaban en circunstancias sociales, económicas y militares mucho más favorables.

El mar Mediterráneo fue un aliado silencioso para la causa liberal, en cuyas aguas el humilde *laúd* fue el principal navío empleado para todo tipo de actividades militares: transporte de tropas, víveres, correo, armamentos, pertrechos, etc. Desde el puerto de Valencia se exportó arroz, corderos, melones, ajos, cerámica, etc. Pero se recibió trigo, cebada, bacalao, vino, aguardiente, pólvora, plomo, etc. Productos absolutamente indispensables para la supervivencia y operatividad del ejército del Centro. Se ha constatado una clara distribución zonal en la procedencia de estas mercancías estratégicas, que puede sintetizarse en: cereales y aceite del sur, vino y aguardiente del norte. Desde 1837 el transporte marítimo resultó fundamental para abastecer los almacenes de víveres de Castellón y Vinaroz. Desde estas poblaciones y ya por vía terrestre, se remitían los convoyes de víveres a Lucena, Villafamés, Onda o Nules. A partir de mayo de 1838 los envíos a Vinaroz y Castellón comenzaron a ser

continuos debido a las contratas de víveres firmadas por el Gobierno. Tras un periodo de pausa en el otoño e invierno, volvieron a intensificarse a finales de enero de 1839, ya casi de manera ininterrumpida.

El contrabando tuvo un espectacular desarrollo, favorecido por la escasa vigilancia, la corrupción y la gran dimensión del litoral castellonense, que permitió a los rebeldes proveerse de abundantes productos.

En cuanto al caso de estudio elegido de la Acción de las Useras, tanto la información obtenida de los hallazgos en el campo de batalla, como el análisis de las diversas fuentes documentales relacionadas con ella, han ampliado considerablemente la información histórica que hasta ahora se tenía sobre este suceso. Se han identificado concentraciones de proyectiles cuya ubicación, a lo largo de la sierra, coincide con el relato histórico de los hechos. El estudio de las deformaciones que presenta cada proyectil y su interpretación, a luz de la ciencia balística, ha permitido reconocer que se realizaron abundantes disparos a corta y muy corta distancia, compatibles con una carga a la bayoneta. Lo cual también resulta coincidente con la información transmitida por las fuentes documentales. Asimismo, las diferencias observadas en el tipo de metal de cada proyectil y las marcas producidas durante el proceso de su fabricación, han permitido atribuir la munición a bandos diferentes. Los proyectiles documentados evidencian que el armamento empleado durante la batalla fue de dos calibres predominantes: el de *a 15 en libra* por las tropas del ejército del Centro, mientras que los rebeldes, además de éste, emplearon también el de *a 17 en libra*.

La ubicación de los restos arqueológicos sobre el campo de batalla permite afirmar que dicho enfrentamiento se inició en el término municipal de Adzaneta del Maestrazgo y se desarrolló, casi totalmente, en el de Lucena del Cid. La denominación que se dio al enfrentamiento –Acción de las Useras- solo puede obedecer a que desde el lugar donde se produjo la acción más intensa y violenta se puede contemplar el campanario y el pueblo de Useras. Pero no porque el episodio bélico ocurriera en su término municipal, como algunas fuentes actuales afirman de forma gratuita y errónea difundiendo dicho error por Internet.

La versión oficial del combate –redactada por el general O’Donnell- se impuso en el Diario de Operaciones del ejército del Centro. Sin embargo hasta los testigos que asumieron un gran protagonismo -como el general Azpiroz o el doctor Mesa- parecen

haber acatado cierta consigna de silencio absteniéndose de comentar detalles sobre la batalla. Incluso en el croquis dibujado por el oficial de EM se omitió lo ocurrido en el momento más sangriento de la acción. Todo lo cual induce a sospechar que algo inusual o inadecuado pudo haber ocurrido en este enfrentamiento que otorgó, al general O'Donnell, los laureles de la Victoria.